

PRECIO: \$ 1.50

REVISTA



DE ARTES Y LETRAS

Año II - N.º 1

1.º de Enero de 1918

92

Ediciones de ARTES Y LETRAS
(LOS DIEZ)

SENSACIONES DE IQUIQUE (1)

Al observar Iquique desde la cubierta del barco, experimentó Luis la impresión de que traía su tristeza y su desamparo a un lugar desamparado y triste. Aquel caserío de madera, chato, color de barro, desparramándose sobre la lonja de arena que se estrecha entre el mar, las dunas y los montes yermos de la meseta salitrera; aquella isla Serrano, tendida a la manera de un cetáceo vigilante al extremo del molo de piedras negras; todo aquel aglomerado ingrato a los sentidos y hosco al espíritu, que parecía entumecerse arropado en una bruma sucia como harapo del cielo invernal, le deprimió en aguda melancolía de destierro. Alzábanse, verdad, columnas de humo, abundantes y presurosas; oíase un pitear continuo, articulando la trepidación febril de pescantes y locomotoras, que vadeaba las aguas y rasgaba la atmósfera del buque; pero no obstante estos latidos elocuentes de la actividad y del trabajo, la masa plana y descolorida de los edificios, todos bajos y sin tejados, esparciéndose tras de la fila de bodegones de zinc con grandes cifras blancas y firmas de comercio inglés, alemán, eslavo, hacía pensar en un

(1) Estas notas han sido entresacadas de la novela *Un perdido*, que publicará próximamente Eduardo Barrios y que, según quienes la conocen, apasionará al público. Una cuarta parte, más o menos, de esta novela ocurre en Iquique. El autor, antes que dar un capítulo que, como fragmento de un todo indivisible, a pocos interesaría, ha preferido desglosar siquiera estas visiones de una región poco descrita en nuestras letras.

hacinamiento de cajones pringosos que los cien navíos surtos en el puerto hubiesen vomitado, a prisa y sin orden, de sus bodegas húmedas a la playa amarilla.

Ya en tierra fué modificándose algo su impresión.

—¿Ves?—le observaba el comandante.—No será estético; pero feo, lo que se llama feo, no es tampoco. Bulle la vida.

Rodaban dentro de un landó limpio y muelle. Se deslizaba el carruaje sobre las calles sin pavimentar, de una tierra dura y sorda. Pasaron un barrio comercial de viandantes afanosos, una plaza con jardines enrejados y opacos y en medio una gran torre de madera color de crema y azúcar, luego una calle ancha y recta, orillada por casitas de tonos alegres y corredores en el frente; doblaron en seguida por una callejuela raquítica, de aceras entabladas y casucas miserables; siguieron al flanco de un tranvía de caballos en otra vía holgada; y al fin se detuvieron a la puerta del cuartel de infantería.

.....

—Linda, la playa en estas mañanas frías.

Tan cerca orillaban el mar, que a menudo las patas de los caballos quedaban sumergidas en las olas que hasta más afuera tendían sus láminas efervescentes.....

Los cascos de los caballos que les precedían dejaban huellas hondas que llenábanse de agua, del agua tan fría y cristalina que rezuma la arena en la playa al ser comprimida; en la densidad del aire neblinoso, el estrépito del mar moría, como ronquido entre plumas; y sobre las olas que ya de vuelta se internaban, las rachas bajas rasgaban la espuma, cual si esquifes invisibles sobre ellas patinasen.

Todo el resto del golfo, hasta Cavancha, lo anduvo Lucho solo, a la zaga de los oficiales.....

Habían llegado a los ranchos de pescadores con que principia el caserío de la península, y los tenientes chanceaban con los mocetones que de un bote recién varado desbordaban la red llena y olorosa. De entre los frenos tascados sin tregua, del cuerpo todo de las bestias salía un vapor azul y un olor que

ensuciaba el aroma limpio de los peces. El botín iba extendiéndose sobre la arena oscura, lento y pesado, semejante a un tesoro de plata que se derrumba y resbala suave y sin ruido. Unos ágiles y saltantes, gordos y asfixiándose otros, los peces rebrillaban frente al mar, cuyo lomo henchíase también escamado de luz como el de otro pez enorme que respirase.....

Y repechada la breve gradiente de la playa, los tres jinetes tomaron el camino, ancho, plano y negruzco, hacia Iquique. Galoparon próximos a la pista de peatones, cuya cinta, blanca de conchuela molida, se desenvuelve en invierno bajo el cielo informe y gris, para insinuar mejor la curva regular y abierta del golfo y hundirse al cabo en la ciudad envuelta en bruma.

Poco después, acodados cada cual en su propio balcón, Blanco y Luis reposaban el paseo, fumando. La vista de ambos perseguía los trenes que durante la mañana, uno tras otro, suben a la Pampa cargados de carbón y mercaderías, para bajar todos en la tarde repletos de salitre. Ese baluarte rojizo cuyo límite altísimo se borra en la niebla azul, muestra en los tres tajos en zig-zag que empotran al cerro la línea férrea, el secreto del páramo. Esos trenes que de abajo se ven deslizándose pequeños, negros y silenciosos como gusanos de humo, bajan el tesoro del desierto candente, áspero macho del orbe, cuya entraña espléndida esparce la fecundación a todas las tierras madres, por viejas y cansadas que la codicia humana las rinda; esos trenes suben la manufactura que enriquece a los ciudadanos laboriosos; ellos arrastran también la miseria del paria, sin cesar de abajo arriba y de arriba abajo; y también vuelven colmada la hartanza del millonario que amasó ya la soñada cifra de seis ceros y que parte, él sí, al disfrute en regiones más regaladas, frescas, verdes y placenteras.....

.....

Luego, a insinuación de Lucho, decidieron entretener la mañana recorriendo los malecones y algunos vericuetos del puerto.

Ardía bajo el sol de Enero la esplanada que se extiende entre el muelle de pasajeros, el edificio color de sangre seca y

con ventanas blancas, de la Aduana, y la fila de casas proveedoras de navíos, todas de tonos oscuros y sucios. Carretones repletos, peones sudorosos, jadeantes bestias, impasibles guardias de la policía marítima, empleados que corrían con pólizas y «conocimientos», todo un hormiguero afebrado que gritaba, reía blasfemias y alzaba nubes de polvo y pajas picadas, bullía entre los bultos multiformes, las calderas rojas de azarcón, los barriles de brea y los fardos fétidos de humedad y podredumbre. Sobre el suelo blando, las ruedas pisaban sordo; se oía sólo el chirriar de sus ejes, el resoplar de las mulas, los denuestos de los carreteros y el chasquido de los látigos. De todo ello ascendía, con el calor, un vaho sofocante. Uniformándolo todo, un color amarillo de arena candente dominaba, e irritaba la impresión de áspera rudeza y de penoso esfuerzo. Y en los ojos ardía la visión tórrida; lastimaban las retinas los reverberos blancos de los ingleses vestidos de brin; el polvo salobre resecaaba las narices y ponía espuma en los labios, y el sudor caía de los tafletes de los sombreros caldeados por el sol.

—Caminemos cerca del mar.

—Sí; es más limpio y hay más brisa por ahí.

Tomaron el canto del malecón. La piedra asoleada les quemaba las plantas de los pies; pero al menos del agua verde, espejeando abajo, a la izquierda, subiales una sensación de frescura y alivio.

No tardaron, empero, en hallarse envueltos en la vorágine de faenas febriles. Por encima de sus cabezas, los brazos gigantes de los pescantes balanceaban racimos de hierros, lios de fardos, grandes atados de cajoncitos claros y flamantes. El estrépito de los motores, de las cadenas que se desenrollan y de los pitos que taladran los tímpanos les ensordecía, obligándoles a marchar callados. Mirar, sólo mirar, con los párpados fruncidos por las ascuas que el sol encendía en cada bronce, en cada cristal, en cada superficie pulida. Aquí, un contraamaestre con el clásico traje azul de dorados botones, la pipa tostándole el bigote caído como los colmillos de una foca, la cadena de plata y el chelín colgante en el chaleco; al pie de las grúas, vendedores de mote con huesillos, que refrescaban los gaza-

tes de la peonada; entre las montañas de cajas o de pasto aprensado, venteras pringosas con grandes sombreros de paja, friendo pescado, guisando picantes, voceando bebidas heladas, «bien fresquitas»; bajo los galpones de la Aduana, los despachadores, casi lujosos, también trepaban sobre los cerros de mercadería, para encontrar la marca indicada en la póliza que en la diestra revolaba al viento; a la izquierda, siempre el mar, que late, que chapotea sus aguas turbias, con botellas semi-hundidas, tablas deshechas y natas de aceite; y a todo lo largo del cantil, lanchas, grandes lanchas negras y chatas, y sus cables enormes, ya tensos desde las proas hasta las boyas, desgranando guirnaldas de gotas cristalinas, ya sumergidos de nuevo, tras pesado azote, empalidecidos bajo el cristal verdo-so. Era un conjunto frenético, incendiado de afanes, hirviente como la entraña de un crisol que funde oro, y más oro, y más oro, para derrochar muy pronto, en seguida, en los bares sórdidos, en los restaurantes que avanzan como aldeas lacustres sobre el mar, en los burdeles rojos de felpas y multiplicados por los espejos en perspectivas de locura.....

.....

EDUARDO BARRIOS.